
LA BELLA FLORENTINA

Noemí Ulla*

NOTA DEL EDITOR

Este es un texto inédito de la autora, que ha cedido gentilmente a nuestra revista.

Sobre las molduras de los balcones se veían palomas agrupadas como en fila. Es la perspectiva, se dijo Roxana, porque si se mira bien se advierte que están sobre los cables de la luz, confundidos con la negra y elegante reja de los balcones que se imponen al follaje de los únicos dos tilos de la cuadra. Durante un tramo los cables dan a las palomas el signo del que carecen: la aparente elección de los balcones, antiguos miradores de la gente en la vida ciudadana. Como Roxana, otra miradora, que por una circunstancia especial ha ido al modesto café, abierto temprano en la mañana por milagro, para reponerse del ayuno que le exigió el sanatorio.

Enfrente, debajo de las palomas, un edificio del pasado siglo veinte, tal vez de los años treinta, imponía su belleza a la esquina en el barrio que ella habitó con su familia pocos años antes. ¿Elegió estar allí por ese motivo?, reflexionó como paciente de psicoanálisis. No, el obligado ayuno y los bares aún cerrados de ese entorno la llevaron allí, un lugar para no ser elegido precisamente, aunque a pocos metros del café se situara la Dante Alighieri. Recordó que a la salida de los cursos los estudiantes apuraban el paso, ella y sus compañeros buscaban un refugio de camaradería en el café, y el idioma italiano se iba mezclando con el español, en la despedida de clase de la semana. Pensó en su hijo mayor. Para darle impulso, porque se preparaba como aspirante a una beca, ella misma decidió estudiar la «lingua del Dante». Lograda la beca, Octavio sólo volvió al país para alguna fiesta especial. Su hijo se había enamorado de la ciudad de Florencia y de una bella florentina.

Pronto llegó el mozo exhibiendo las tentadoras medialunas de grasa y el pocillo humeante de café con leche. Al recuerdo de Octavio sucedió la fruición del masticar gozoso y del beber algo desesperado, observó riéndose

* Narradora y ensayista. Sus libros más recientes: *Bailarina de tres brazos* (2011), *Variaciones rioplatenses* (2007). Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: noeulla@retina.ar *Gramma*, XXIII, 49 (2012), pp. 226-231.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161

de sí misma. Lejos de su mesa un joven sumido en la pantalla de su laptop, se ausentaba del medio. En una de las veredas, dos mesitas todavía sin protección de toldos acogían la charla de tres hombres maduros. Más allá una chica y su pareja conversaban de a ratos. No había otras mujeres.

Ojalá la perfumería de la otra cuadra abriera temprano, pensó Roxana, aunque en esa zona nada existía hasta las diez de la mañana. No eran las nueve. Necesitaba, desde hacía unos días, comprar un lápiz labial y en ese negocio los había surtidos y también económicos. ¿Esperaría una hora? Me parece mucho para este lugar inhóspito, pensó. Sacó de la cartera la entrevista que habían publicado en esos días a un politólogo famoso, muy reconocido mundialmente. Quiso volver sobre algunos conceptos que él había desarrollado con llaneza, autoridad y profundo conocimiento. Se trataba de un hombre que había vivido muchos años en el exilio y de vuelta al país, al poco tiempo, había fallecido. Volvió a leer algunos tramos de la entrevista que habían reproducido, donde él explicaba el concepto de democracia «delegativa». Le pareció responder a una idea brillante para designar a aquellos gobiernos que una vez elegidos, lo decidían todo sin consultar a la sociedad que los había votado. Cada tanto levantaba la vista del diario para fijar el pensamiento en lo ya leído y regresar a algunas palabras no suficientemente retenidas, como la de cesarismo, al referirse a un episodio de Julio César. Era una mañana clara, tan clara como los argumentos del politólogo Guillermo O'Donnell que estaba leyendo, pero no se sentía muy fuerte como para esperar a que abrieran la perfumería. Se sentía un poco débil, aun después del abundante desayuno. Tampoco se volvería caminando como se lo había propuesto y como le habría gustado hacer. Era sábado, de ahí que temprano hubiera poca gente en la calle.

De pronto pasó por la esquina un antiguo amigo a quien no veía hacía tiempo. Habían tenido una amistad hermosa. Al verla él aminoró un poco el paso, clavó los ojos negros en los suyos, y ambos parecieron penetrarse como en un desafío, a ver quién vencía de los dos. Ninguno hizo ademán de hablar, de cambiar las cosas. Él tenía los rasgos de un siciliano altivo, ella contuvo su natural tendencia a buscar otro trato porque temió quedarse con las manos vacías. También la poseyó la venganza, o una fingida indiferencia. Aunque fue todo tan rápido que no dio tiempo a nada. Tampoco recordaba con claridad el motivo del enojo que los había apartado hacía ya muchos años. Cuando él dobló la esquina, su alta figura se perdió de vista y ella tuvo que reírse de las dos miradas que sin proponérselo habían quedado fijas un instante esperando.

Estaba claro que nadie daría el brazo a torcer, dicho en buen español.

Roxana se quedó con una desagradable impresión, ¿por qué no había reaccionado saludándolo, nombrándolo, diciéndole que dejaran de lado el orgullo, o que ella lo echaba de menos? Nada de eso había pasado por su cabeza. Había sido como someterse a la frialdad que él había impuesto. Pensar que disgustos así, se dijo Roxana, causan la separación de tantas parejas. ¿Pero acaso, si bien ellos sólo habían sido amigos, no habían dejado morir el calor del cariño, de la amistad, del amor por fin? Cuando contara a Diego, su marido, la fijación de las dos miradas y la frialdad del encuentro, ¿se reiría?

Las palomas seguían imperturbables, porfiadas equilibristas de su apoyo escénico. La entrada de un hombre alto, tan alto como el amigo perdido, que buscó sus ojos como esperando respuesta, marcó de inmediato la diferencia. ¿Lo conocía, o era la invitación a la única mujer que había en el café a esa hora de la mañana? Se acercó disculpándose, ensayando una pregunta simple.

—Creo que nos conocemos. ¿No te llamás Roxana?

—Sí, soy Roxana —respondió ella extrañada.

—Te aseguro que nos hemos visto hace un tiempo. En un lugar de estudio, o algo así.

—No sé... no recuerdo —respondió ella sin ánimo de contrariar.

—Sí, ya sé. Fue en un congreso de diseño artístico. No sé bien cómo fui a parar allí. Soy médico. Me llamo Recalde —dijo y le extendió la mano.

—¡Qué raro! —dijo Roxana.

—Fue hace un año, o dos —dijo él como buscando el recuerdo.

—Ah, sí. Yo quería renovar algo del diseño. ¿Y vos?

De inmediato él le pidió permiso para sentarse a la mesa y le dijo que el motivo que lo había llevado a aquel congreso era muy caprichoso. Pero en fin, de caprichos se componía la vida.

—¿Y cuál fue el capricho, si puede saberse? —dijo ella.

—Te vas a reír.

El mozo interrumpió la charla y Recalde encargó agua con gas, café y un sándwich de miga.

—Te decía que fui allí... de celoso, o de inspección. Mi mujer, que ya no lo es, me había dicho que iba a presentar un trabajo en ese congreso. No le creí. Hacía largo tiempo que andaba con mentiras. Fui en tren de exploración. Te vi, creo que en la rueda del café y conversamos sobre las tendencias del diseño actual.

—¿Y tu mujer, o tu ex mujer?

—Traté de que no me viera. Justamente. Quise ser lo más objetivo posible, y no me arrepiento. Allí se acabaron mis dudas, pero también, en medio de la angustia que me llevó a presenciar el engaño, te conocí, en un medio para mí desacostumbrado. Creo que intercambiamos nuestras señas, pero recién ahora nos encontramos. Tu nombre me quedó grabado, tanto como tu cara.

—Mi nombre no es así. Ya entrada en la adolescencia decidí ser Roxana, para no llevar el nombre que no me gusta nada, Rosa. El nombre que mis padres me habían puesto.

—Sí, es más lindo Roxana —dijo él sin dudar.

—¿Tomás era tu nombre?

—Sí, sí, Tomás Recalde.

—Vas a tener que disculparme porque debo irme y en otra oportunidad seguiremos conversando sobre el diseño, ¿sí?

—Por supuesto, Roxana. Dejemos que el azar vuelva a reunirnos.

Ella se fue, viendo desde allí que la perfumería acababa de abrir. Le molestó que ese Tomás le contara cosas íntimas. ¿Qué le importaba a ella que él se hubiera hecho el detective en aquella oportunidad? ¿O tal vez, se había sentido bien ante ella? No analicemos, se dijo. Me incomoda y basta. Si él la viera entrar en la perfumería se daría cuenta de que le había escapado, pero ¿qué le importaba? No tenía ningún deseo de encontrarse de nuevo con él. En la perfumería, recién abierta en la mañana, probó cuantos lápices de labios había, ya que del habitual no quedaba ninguno. El dueño quiso convencerla de la bondad de otras marcas, pero esa mañana ella estaba intratable. Elió el color casi al azar, pero no de su marca preferida, y pagó.

Al salir, casi a los veinte minutos, Tomás la esperaba cerca de la puerta.

—¿Te enojaste conmigo? —le dijo.

—No, tengo el tiempo contado —Y vio, del lado contrario al que le había ofrecido el café de la esquina, que las palomas seguían aún como haciendo equilibrio, justo a sus espaldas. Debo encontrarme con mi marido que me está esperando desde hace un rato, cerca de aquí.

—Está bien, Roxana. Hasta siempre.

—Hasta otro día —dijo ella tratando de ser amable.

Dejó atrás las palomas sin despedirse de ellas, porque si volvía para ese lado él insistiría en acompañarla. Un poco pesado, bastante pesado, se dijo. ¿No se había dado cuenta de que a ella no le interesaba en especial hablar con él? Era como ella con las palomas. Si había bichos que le disgustaban, eran las palomas,

y recordó a su hijo Octavio, que hablaba con horror de ellas.

El camino hacia su casa había decidido no hacerlo a pie. Tomó un colectivo milagrosamente vacío y pensó de nuevo en su hijo Octavio. No recordaba la fecha justa que le había dicho vendría a Buenos Aires. Para las fiestas de Navidad y Año Nuevo seguro, pero tal vez no le había dado una fecha precisa. Vendría con la bella florentina, como le decían con sorna en la familia, y sería la primera vez que se verían con ella. Habría que aplacar a Sarita, su otra hija, ya que nunca había perdonado del todo a Octavio que se hubiera ido del país.

Después se quedó pensando en Tomás. ¿Por qué había logrado irritarla? ¿Por la pretensión de hacerla compartir su historia matrimonial o simplemente que la apartara del silencio? En esos días necesitaba silencio, para sí, para madurar la llegada de Octavio, para prepararle la casa como se debía, para esperar al hijo que un día había decidido apartarse. «Mamá —le había dicho en un mensaje antes de conocer a la bella florentina— no sé cómo pueden seguir viviendo en ese país. Yo no lo soporto más y me pregunto cómo hacen ustedes para seguir viviendo ahí». Recordaba puntualmente esas palabras de Octavio que en su momento la habían herido mucho. Había conversado con Diego, su marido, y los dos pensaron que los años tan jóvenes de Octavio le habían hecho reflexionar así, deslumbrado con el poder de la cultura que él apreciaba de manera especial. Ya se le pasará, dijo Diego entonces. Pero habían pasado ya diez años y cada vez el hijo estaba más resuelto a seguir viviendo en Florencia, convertido en crítico de arte. Acababa de cumplir treinta años y recordaba con precisión y malestar el momento que el país había vivido con aquel inolvidable episodio del llamado «corralito». A su padre nadie le había devuelto aquella buena suma de dinero ganada por sus clases en Inglaterra. ¿Y todavía se quedaban en el país?, les decía Octavio exaltado en sus mensajes. Por aquellos años había viajado toda la familia, ya que se trataba de un contrato sumamente generoso que les había permitido residir en Londres largos meses. Eso, en el fondo, había animado entonces a Octavio para tentar suerte en un país europeo. ¿Volvería Octavio a vivir aquí con la crisis que ahora padecían allá? Ni lo sueñes, se dijo Roxana convencida y apenada. Nada cambiará esa decisión que ya lleva años...

Al llegar a la casa Roxana se encontró con un mensaje de Octavio. Llegaría al día siguiente a las once de la noche con la bella florentina. Debió saberlo con más tiempo, pero su hijo siempre había actuado así, le gustaba sorprender. Habría que apurarse a organizar cosas no previstas. ¿Cómo se llevarían con la «bella»? ¿Habría castellano o sólo la «lingua del Dante», para la incompreensión

de Diego, su marido? Haré todo lo posible y hasta lo imposible por ser amable, dulce y espontánea, se dijo, y de todas maneras esperar a Octavio será tan placentero ¿como qué? ¡Ah!, como caminar descalza sobre el césped húmedo en la mañana temprano.